

## IX

## LA SORPRESA

Hemos dicho que la Cantaora se había apoyado en el tronco de un árbol que estaba tendido á lo largo de un profundo barranco.

Llevantóse de repente un hombre del fondo de la cueva, y sacudiendo el heno con que se había tapado, prorumpió en una estrepitosa carcajada.

La Cantaora volvió la cabeza, y dió un grito de espanto.

Era el Churiador.

— No tengas miedo, paloma — dijo éste al ver el asombro de la joven, que había corrido hacia su compañero. — Señor Rodolfo, éste es un encuentro particular; eh!... apuesto á que no lo esperabais, ni yo tampoco... — Y luego añadió en tono serio: — Mirad, señor Rodolfo... dígame lo que se quiera... pero hay una cosa allá arriba... en el aire... sobre nosotros... Vaya, Dios es muy sabio, y me parece que tiene trazas de decir al hombre: « Anda por donde yo te guío... » en vista de que nos ha empujado á los dos hasta aquí.

— Pero ¿ qué haces ahí? — dijo Rodolfo con sorpresa.

— Os guardo las espaldas, señor maestro... ¡ Qué cosa tan rara!... ¡ venir á dar precisamente con mi casa de campo!... Vamos, aquí hay alguna mano escondida... sin remedio....

— Pero responde ¿ qué haces ahí?

— Luego lo sabréis; dadme solamente tiempo para subir á la caja de vuestro observatorio con ruedas.

Corrió el Churiador hacia el coche que estaba parado á corta distancia, echó una ojeada por toda la llanura y volvió con presteza á donde estaba Rodolfo.

— ¿ Me explicarás de una vez lo que significa todo eso?

— ¡ Paciencia, señor maestro!... Una palabrita más... ¿ Qué hora es?

— Las doce y media — dijo Rodolfo mirando el reloj.

— Bueno... tenemos tiempo... la Lechuza no llegará hasta de aquí á media hora.

— ¡ La Lechuza! — exclamaron á un tiempo Rodolfo y la Cantaora.

— Sí... la Lechuza. En dos palabras, maestro... os diré lo que ocurre: ayer, luego que salisteis del Conejo Blanco, entró...

— Un hombre alto con una mujer vestida de hombre: preguntaron por mí, ya lo sé. ¿ Y luego?

— Luego me dieron de beber y quisieron hacerme charlar por vuestra cuenta...

Nada pude decirles... porque como no me habéis comunicado más que aquella descarga cerrada que me hicisteis el honor de... en fin, no sabía más secreto del maestro Rodolfo que aquellos puñetazos de remate. Quede esto entre nosotros, maestro Rodolfo... Que me lleve el diablo si no os tengo el mismo cariño que un mastín á su amo... desde que me habéis dicho que tenía corazón y honor... ¡ Qué importa!... no me va ni me viene... pero es cosa que me hace pensar... En fin, adelante... cada uno es cada uno... y yo...

— Gracias, Churiador, gracias: sigue tu relato.

— El señor alto y la mujer pequeña vestida de hombre, viendo que no sacaban nada de mí, salieron de la taberna y yo salí también: cogieron los dos por el lado del Palacio de la Justicia, y yo por el de Nuestra Señora. Al llegar al fin de la calle empezó á llover á cántaros... ¡ era un diluvio! y como allí cerca había una casa demolida, me dije: « Si dura el chubasco dormiré tan bien aquí como en mi zahurda. » Me dejé caer en una especie de bodega abrigada, hice mi cama de virutas y astillas viejas, mi almohada de pedazos de yeso, y héteme aquí acostado como un rey.

— Pero vamos ¿ y luego?

— Ya sabéis que había bebido... pues sin embargo, he vuelto á beber con el hombre alto y con la mujer vestida de hombre: esto es para deciros que tenía la cabeza algo á la jineta... eso y el ruido de la lluvia no hay cosa que me haga dormir más á gusto. Empezaba á dormir á poco de haberme echado, cuando un ruido cercano me hizo despertar sobresaltado: era el Maestro de Escuela que estaba hablando como si dijéramos *amigablemente* con otra persona... Aplico el oído... ¿ y qué es lo que escucho?... ¡ rayo! la voz del hombre alto que había estado en la taberna con la mujer disfrazada de hombre.

— ¿ Hablaban con el Maestro de Escuela y la Lechuza? — preguntó Rodolfo lleno de asombro.

— Con los mismos... y se daban una cita para el día siguiente...

— ¿ Para hoy?... — dijo Rodolfo.

— Á la una.

— Pues es justamente la hora.

— En la encrucijada del camino de San Dionisio y de la Revolte.

— ¡ Aquí mismo!

— Aquí, ni más ni menos, maestro Rodolfo.

— ¡ Ah, el Maestro de Escuela!... cuidado, señor Rodolfo!... — ¡ exclamó Flor de María.

— No temas, hija mía... no es él quien ha de venir, sino la Lechuza.

— ¿ Cómo han podido conocer á esos miserables el hombre y la mujer disfrazada que me buscaban en la taberna? — dijo Rodolfo.

— Eso no lo sé. Pero me parece que no he despertado hasta el remate de la

función; porque el hombre alto hablaba de recobrar su cartera, que la Lechuza le ofrecía traer hoy aquí... en cambio, por supuesto, de quinientos francos. Según esto es de creer que el Maestro de Escuela les había robado antes que yo despertase y que sólo pude oírlos cuando estaban ya de buenas.

— ¡ Es cosa original!

— ¡ Dios mío! tengo miedo por vos, señor Rodolfo — dijo Flor de María.

— El maestro Rodolfo no es ningún chiquillo, paloma: y si las cosas se pusiesen como temes... aquí estoy yo.

— Adelante, Churiador: ¿ que hubo después?

— El grande y la pequeña prometieron dos mil francos por hacerlos... no sé qué. La Lechuza es quien debe venir aquí ahora mismo para devolver la cartera y saber de qué se trata, á fin de informar de todo al Maestro de Escuela, que se encargará de lo demás.

Flor de María se estremeció.

Rodolfo sonrió con desdén.

— Dos mil francos por hacerlos alguna travesura, señor Rodolfo... Vamos, eso me hace pensar (salvo la comparación) que cuando veo un cartel ofreciendo cien francos de gratificación por un perro perdido, me digo modestamente: « Animal, si tú te perdieras en lugar de un perro nadie daría cien maravedís por volverte ó encontrar »... ¡ Dos mil francos por hacerlos algún daño!... esto me hace discurrir... ¿ Quién diantres sois?

— Luego lo sabrás.

— Basta, señor Rodolfo... Cuando oí esta proposición dije para mi sayo: Es preciso saber donde moran estos ricachos que quieren azuzar al Maestro de Escuela contra el maestro Rodolfo. Luego que se alejaron sali de mi madriguera y los seguí al galope: el grande y la pequeña llegaron á un coche que estaba en el atrio de Nuestra Señora, se metieron dentro, yo me puse en la zaga, echamos á andar y llegamos al baluarte del Observatorio. Como la noche estaba obscura como un pozo y no se veía nada, hice una cortadura en un árbol para reconocer el sitio al día siguiente.

— ¡ Perfectamente, amigo!

— Esta mañana acudí al sitio. Á diez pasos del árbol señalado he visto una callejuela cerrada con una verja... en el lodo de la callejuela había pisadas grandes y pequeñas... al fin de la callejuela una puertecita de jardín en donde cesaban las pisadas... el nido del grande y de la pequeña debía estar allí.

— Gracias, Albino, gracias; me has hecho un gran servicio sin saberlo.

— Eso no, señor Rodolfo; perdonad... lo sabía, y por eso lo he hecho.

— Ya lo sé, ya, amigo mío, y quisiera recompensar tu servicio más que de palabra. Por desgracia no soy más que un pobre jornalero... aunque esos den dos mil francos por hacerme algún mal, según dices... Voy á explicártelo todo.

— Si os place, bueno; por mí no lo hagáis... si alguno os quiere llegar al bulto, aquí estoy yo... lo demás no me importa.

— Ya adivino lo que quieren... Sábetes que poseo el secreto de cortar el marfil para los abanicos por un medio mecánico; pero este secreto no me pertenece á mí solo. Estoy esperando á mi asociado para ponerlo en práctica, y sin duda quieren hacerse á toda costa con la máquina que tengo en mi casa, porque hay mucho dinero que ganar con este invento.

— ¿ Con que el alto y la pequeña son...?

— Los fabricantes en cuyo establecimiento trabajo, y á quienes no he querido comunicar mi secreto.

Esta explicación pareció satisfactoria al Churiador, cuya inteligencia no estaba muy desenvuelta, y repuso:

— Ahora lo comprendo... ¡ qué envidiosos!... ¡ cobardes!... no tienen valor para dar el golpe por su mano, y... Pero, en una palabra, aquí está lo que dije para mi colete esta mañana: Yo, me dije, sé la cita de la Lechuza y del hombre alto; tengo buenas piernas y voy á esperarlos; mi amo el descargador me echará de menos; peor para él... Llego aquí, veo este barranco, traigo de acullá un brazado de heno, me entierro en él hasta los ojos y aguardo á la Lechuza... Pero en este medio tiempo aparecéis en el llano con la pobre Cantaora que viene á sentarse á la misma orilla de mi escondite: y entonces, ¿ qué hago?... una broma. Doy un grito como un escaldado y salgo de mi cueva...

— ¿Cuál es tu intención?

— Esperar á la Lechuza, que no dejará de llegar primero, y oír lo que habla con el hombre alto, por lo que os pueda ir en ello. En todo el llano no hay más que este tronco de árbol tendido, parece hecho para sentarse en él y desde aquí se descubre mucho terreno. La cita es en la encrucijada, á cuatro pasos, y apostaría á que viene á sentarse aquí. Si no viene y no puedo oír lo que pasa, caigo sobre la Lechuza y temblará el mundo... no haré más que pagarle lo que la debo por el diente de la Cantaora: la retorceré el pescuezo hasta que me cante de llano el nombre de los padres de la pobre chica, ya que dijo que los conocía... ¿ Qué os parece de mi idea, maestro Rodolfo?

— Bien, querido mío; pero es preciso cambiar algo el plan.

— ¡ Ah! sí: en primer lugar, Churiador, no riñáis con nadie por causa mía... Si hacéis daño á la Lechuza, el Maestro de Escuela...

— No tengas cuidado, pimpollito... Yo pondré mi mano en la Lechuza... por lo mismo que tiene por defensor al Maestro de Escuela, doblando la receta.

— Escucha, Churiador; yo sé otro modo de vengar á la Cantaora, que te diré más tarde. Por ahora — dijo Rodolfo alejándose algunos pasos de la Cantaora y bajando la voz — por ahora ¿ quieres hacerme un verdadero servicio?

- Hablad, maestro Rodolfo.
- ¿ No te conoce la Lechuza ?
- La he visto ayer por primera vez en el Conejo Blanco.
- He aquí lo que tienes que hacer... Te esconderás desde luego; mas al punto que la sientas cerca de ti, saldrás del agujero.
- ¿ Para retorcerla el pescuezo ?
- No... eso más adelante... hoy es menester impedir que hable con el hombre alto... Si este ve que hay alguien con ella, no se atreverá á acercarse... Si se acerca, no te separes de ella un solo instante... pues no le hará proposición alguna delante de ti...
- Si el hombre me llama curioso... hago mi negocio, y adelante... al fin no es un Maestro de Escuela ni un maestro Rodolfo. Sigo á la Lechuza como una sombra, el hombre no dice una sola palabra que yo no oiga, y por último se marcha con su madre gallega... pero he de dar una tunda á la Lechuza ¿ verdad ? Esto lo necesito para descargar la conciencia... ya me pican las carnes...
- Todavía no es tiempo... ¿ Sabe la tuerta si eres ó no ladrón ?
- No, á no ser que el Maestro de Escuela la haya enterado de que no me lleva el diablo por ese camino.
- Y si se lo ha dicho, tú procurarás hacerla creer lo contrario.
- ¿ Yo ?
- Tú.
- ¡ Qué diablo, señor Rodolfo !... ¿ qué me decís ?... esa farsa no me acomoda.
- Harás lo que quieras... y verás como no te propongo una infamia... Luego que el hombre se haya alejado, como la Lechuza estará furiosa por no haber podido hacer su negocio, procurarás calmarla diciendo que sabes donde hay un buen gazapo, que estás aquí aguardando á tu cómplice, y que si el Maestro de Escuela quiere tomar parte... ganará mucho oro, y...
- ¡ Vaya... vaya !... pero, señor...
- Al cabo de una hora la dirás : « Mi compañero no viene... sin dudá deja el golpe para otro día... » y citarás á la Lechuza y al Maestro de Escuela para mañana, ¿ Entiendes ?
- Entiendo.
- Y esta noche á las diez, saldrás á la esquina de la calle de las Viudas y los Campos Eliseos : allí te diré lo demás...
- Si es una zancadilla, tomad bien las medidas... el Maestro de Escuela es muy ladino... Le habéis sacudido el polvo... y á la menor sospecha es capaz de asesinaros.
- No tengas miedo.
- Cáspita !... hacéis de mí lo que os da la gana. Pero no está ahí el mal, porque va se me alcanza la suerte que aguarda al Maestro de Escuela y á la

Lechuza... El mal está... Señor Rodolfo, permitidme decir una palabra.

— Habla.

— No es porque os crea capaz de tender un lazo al Maestro de Escuela para hacerle caer en manos de la policía... Es un bribón refinado, digno de mii muertes... pero hacerlo prender... eso no me toca á mí.

— Ni á mí tampoco, amigo mío ; pero tengo unas cuentas que ajustar con él y con la Lechuza, ya que tratan con las personas que me quieren mal... si me ayudas todo saldrá á pedir de boca.

— Pues por mi dicho y hecho ; porque al fin el uno no vale más que el otro... ¡ Pronto, pronto ! — gritó el Churiador ; — ya descubro por allá abajo un puntito blanco : es sin duda la marmota de la Lechuza... Marchaos pronto que me voy á mi agujero.

— Hasta esta noche á las diez...

— En la esquina de la calle de las Viudas y los Campos Eliseos ; está dicho...

Flor de María, que no había oído esta última parte del coloquio del Churiador con Rodolfo, subió al coche con su acompañante.

## X

### EL DESEO

Quedó Rodolfo pensativo por algunos momentos después de su diálogo con el Albino. Flor de María le miraba con tristeza sin atreverse á interrumpir su silencio.

Rodolfo levantó la cabeza y dijo con amable sonrisa :

— ¿ En qué pensáis, hija mía ? ¿ Os ha disgustado el encuentro del Churiador ? ¡ Estábamos tan alegres !...

— Al contrario, señor Rodolfo ; no me he disgustado, porque el Churiador podrá seros útil.

— ¿ No se creía en la taberna del Conejo Blanco que este hombre conservaba aún sentimientos honrados ?

— No lo sé, señor Rodolfo... Antes de lo que pasó ayer le había visto pocas veces y apenas le había hablado... lo tenía por tan malo como los demás...

— No hablemos más de eso, prenda mía. Sentiría en el alma contristaros, pues mi objeto es hacerlos pasar un día alegre.

— ¡ Ah ! estoy muy contenta, muy alegre. ¡ Hacía tanto tiempo que no había salido de París !...

— Desde vuestros paseos con Alegría ¿ verdad ?

— Es verdad, señor Rodolfo... ¡ Dios mío ! era en la primavera... pero

aunque estamos en el otoño, no por eso tengo menos placer. ¡ Qué hermoso sol hace!... ¡ mirad aquellas nubecitas color de rosa... y aquella colina!... y aquellas casas blancas tan lindas en medio del arbolado... ¡ Qué verdes están aún las hojas! es de admirar en el mes de octubre ¿ verdad, señor Rodolfo? Pero en París las hojas se marchitan tan pronto... ¡ Mirad, mirad aquella bandada de palomas cómo se posa sobre el tejado de un molino!... ¡ Jesús! en el campo no se cansa una de mirar; todo es hermoso. todo divierte.

— ¡ Es admirable el ver cuanto placer os causan todas esas pequeñeces, que forman la verdadera hermosura del campo!

En efecto, á medida que la joven contemplaba el cuadro risueño que se presentaba á su vista, su fisonomía expresaba mayor placer y exaltación.

— Y allá abajo... mirad en el barbecho aquel fuego de rastrojo... ¡ Cómo sube el humo blanco hacia el cielo!... y aquel labrador con sus dos caballos tordos... ¡ Cómo me gustaría ser labrador si fuese hombre!... ¡ Seguir tras el arado en la llanura... y ver los sotos grandes y verdes allá á lo lejos, en un día hermoso como éste... le daría á una ganas de cantar canciones tristes, de esas que hacen saltar las lágrimas... como la de *Genoveva de Brabante*. ¿ Sabéis la canción de *Genoveva de Brabante*, señor Rodolfo?

— No, no, prenda mía; pero si quieres darme gusto me la cantarás luego... tenemos por nuestro todo el día.

Al oír estas palabras, vuelta en sí la Cantaora de su éxtasis de placer considerando que después de aquellas horas de libertad pasadas en el campo volvería al encierro de la infestada taberna, ocultó el rostro con las manos y empezó á derramar un copioso llanto.

Rodolfo la dijo sorprendido:

— ¿ Qué tenéis, Flor de María? ¿ por qué lloráis?

— Nada... por nada, señor Rodolfo — y enjugó las lágrimas procurando asomar al rostro una sonrisa forzada. — Perdonadme si me entristezco... no hagáis caso... no tengo nada, os lo juro: no es más que una idea... ahora voy á estar alegre.

— Pero estabais tan contenta hace un momento...

— Por eso mismo... — respondió sencillamente Flor de María levantando hacia Rodolfo los ojos llenos aún de lágrimas.

Estas palabras revelaron á Rodolfo todo el interior de la joven; y queriendo disipar su melancolía la dijo sonriendo:

— Apuesto á que estabais pensando en vuestro rosál, y que sentiais no traerlo aquí para que disfrutase también del paseo.

La Cantaora tomó esta chanza por motivo para sonreirse, y la tristeza desapareció gradualmente de su ánimo: sólo pensó en divertirse y en estar alegre... En aquel momento se descubrió la torre de la iglesia de San Dionisio.

— ¡ Qué hermoso campanario! — exclamó Flor de María.

— Es el de la magnífica iglesia de San Dionisio... ¿ Queréis verla? haré detener el coche.

La Cantaora bajó los ojos.

— Desde que estoy en casa de la tía Pelona no he entrado en ninguna iglesia; no me he atrevido. En la prisión me gustaba tanto cantar en la misa, y el día de Corpus hacíamos unos ramilletes tan hermosos para el altar...

— Dios es bueno y clemente: ¿ por qué temes rogarle y entrar en una iglesia?

— ¡ Oh! no, no... señor Rodolfo... eso sería una impiedad... Basta ofender á Dios de otra manera.

Después de un momento de silencio dijo Rodolfo á la Cantaora:

— ¿ Habéis amado á alguno antes de ahora?

— Nunca, señor Rodolfo.

— ¿ Por qué?

— Ya habéis visto las personas que van al Conejo Blanco... Y además, para amar es preciso ser honrada.

— ¿ Cómo?

— No depender sino de sí misma... poder... Pero, vamos... señor Rodolfo, si lo lleváis á bien os ruego que no hablemos de eso.

— Bien, Flor de María, hablemos de otra cosa... Mas ¿ por qué me miráis así? Otro vez tenéis lágrimas en los ojos... ¿ Soy yo la causa de vuestra pena?

— ¡ Ah, no! al contrario; pero sois tan bueno para mí que eso mismo me da ganas de llorar... y luego no me tuteáis... y... en fin, cualquiera diría al ver la satisfacción con que me veis alegre, que sólo me habéis traído aquí para que me divierta. No contento con haberme defendido ayer... me traéis hoy al campo para hacerme pasar un día como éste á vuestro lado...

— ¿ Sois de veras feliz?

— ¡ Ah! ¡ cuándo olvidaré esta felicidad!

— ¡ Es tan rara la felicidad!

— Sí, muy rara.

— Yo, para suplir lo que no tengo, me divierto muchas veces en imaginar lo que me convendría tener, y me digo: He aquí lo que desearía poseer... la fortuna que ambiciono... Y vos, Flor de María ¿ no discurrís también á veces de este modo? ¿ no hacéis vuestros castillos en el aire?

— En otro tiempo, cuando estaba en la prisión, sí: antes de ir á la taberna pasaba el tiempo en eso y en cantar; pero ahora raras veces... Y vos, señor Rodolfo ¿ qué es lo que ambicionáis?

— ¿ Yo? quisiera ser rico; muy rico... tener criados, una gran casa, ir todos los días al teatro, á buenas reuniones... ¿ Y vos, Flor de María?

— ¿ Yo? yo con menos me contentaría: quisiera tener con qué pagar á la tía

Pelona, algún dinero para mantenerme mientras no hallase trabajo, y un cuartito bien limpio con vista al campo, para hacer mi labor, y...

— Y muchas flores en vuestra ventana...

— ¡Ah! eso sí... Vivir en el campo, si pudiera ser, y nada más...

— Un cuartito para trabajar es lo necesario; pero nunca está de más el desear algo superfluo... ¿No querriais poseer también coches, diamantes y ricos vestidos?

— Yo no deseo tanto... Mi libertad, vivir en el campo y estar segura de no morir en un hospital... ¡Ah! sobre todo no morir en un hospital... Este pensamiento, señor Rodolfo, me acomete y me espanta muchas veces.

— ¡Oh! sí... nosotros los pobres...

— No lo digo por la miseria.. eso no. Pero después... cuando una se muere..

— ¿Qué?

— ¿No sabéis lo que hacen de una después de muerta?

— No.

— Había en la prisión una muchacha conocida mía, que murió en el hospital... ¡oh! su cuerpo fué entregado á los cirujanos... — dijo estremeciéndose la pobre criatura.

— ¡Eso es horrible!! Pero decidme, niña desgraciada, ¿tenéis con frecuencia esos pensamientos siniestros?

— Os sorprende, señor Rodolfo, el que tenga vergüenza... aun después de muerta... ¡Ay de mí! *es lo único que me ha quedado.*

Estas palabras conmovieron profundamente á Rodolfo.

Flor de María observó el aire melancólico de su compañero, y le dijo con timidez:

— Perdonad, señor Rodolfo: yo no debería tener esas ideas. Me habéis traído para que estuviese alegre, y sólo hablo de cosas tristes... ¡tan tristes, Dios mío! Yo no sé cómo es; pero no puedo remediarlo... Nunca he sido tan feliz como hoy, y sin embargo lloro á cada momento... No queréis que lllore ¿es verdad, señor Rodolfo?... Pero ya veis que mi tristeza se fué tan pronto como ha venido... Ahora no os daré más penas... Estaré contenta... Mirad, señor Rodolfo... miradme á los ojos... ya soy dichosa.

Y después de haber abierto y cerrado los ojos dos ó tres veces para disipar una lágrima rebelde, los abrió cuanto pudo y miró á Rodolfo con una sencillez encantadora.

— Flor de María, os ruego que no os reprimáis... Alegraos si queréis, ó entristeceos si os gusta más... También yo, hija mía, tengo á veces ideas melancólicas como las vuestras... Sería para mí un tormento el fingir una alegría que en realidad no sintiese.

— ¿De veras, señor Rodolfo? ¿también vos os entristecéis?

— También, hija mía; mi porvenir no es más seguro que el vuestro... No

tengo padre ni madre... si mañana caigo enfermo no sé cómo he de sostenerme... lo que gano lo gasto en el mismo día.

— Hacéis mal; muy mal, señor Rodolfo, — dijo la Cantaora en un tono de grave reconvención que le hizo sonreír; — deberiais poner algo en la caja de ahorros... Todo mi mal viene de no haber economizado el dinero... Con cien francos ahorrados, un obrero no depende jamás de nadie, ni se ve nunca en apuros... y los apuros obligan muchas veces á obrar mal.

— Ese es un consejo muy prudente, alma mía; ¿pero cómo podría yo reunir 100 francos?

— Es muy sencillo, señor Rodolfo. Voy á ajustaros la cuenta... veréis. ¿No me habéis dicho que ganabais á veces cinco francos diarios?

— Cuando trabajo, sí.

— Es preciso trabajar siempre. ¡Quién os tuviera lástima! Con un oficio tan bueno como el vuestro... pintor de abanicos... deberiais andar siempre contento. Es preciso confesar que sois poco razonable, señor Rodolfo... — dijo la Cantaora con tono severo. — Un jornalero puede vivir muy bien con tres francos: os quedan cuarenta sueldos diarios, que vienen á ser sesenta francos al cabo del mes... y sesenta francos no es moco de pavo.

— Es verdad; pero me gusta tanto muchas veces el no hacer nada...

— Señor Rodolfo, os lo vuelvo á decir, no tenéis más razón que un chiquillo.

— Vaya pues, no os incomodéis, maestría mía: conozco que me dais buenas lecciones y las seguiré.

— ¿De veras? — dijo la joven llena de alborozo. — ¡Si supierais que placer me dais con eso!... Economizaréis cuarenta sueldos diarios ¿no es verdad?

— Sí, los economizaré — dijo Rodolfo sonriendo á pesar suyo.

— ¿De veras?

— Os lo prometo.

— Ya veréis qué contento os darán las primeras economías. Pero aun tengo que deciros algo más si me prometéis no enfadaros...

— ¿Tan malo os parece mi genio?

— ¡Oh! pero no... eso me parece que no debo...

— Nada debéis ocultarme, Flor de María.

— Pues bien... entonces... en fin... ya que tenéis cualidades tan buenas que no parecéis de vuestro estado... ¿por qué frecuentáis unas tabernas como la de la tía Pelona?

— Si no hubiese venido á la taberna, no hubiera tenido la dicha de pasar á vuestro lado un día de campo, Flor de María.

— Es verdad; pero no importa, señor Rodolfo... También yo voy muy contenta... pero de buena gana renunciaría el pasar otro día como este si supiera que os había de causar algún perjuicio.